



destino

alyson Noël

Irresistible

Adictivo

Arrollador

Así es el amor.

Así es el fenómeno literario que ya ha cautivado a más de cinco millones de lectores en todo el mundo...

Cuando todo parece perdido, a veces, el azar nos concede segundas oportunidades. Pero Ever y Damen saben que su condena no tiene remedio: pasarán la eternidad juntos y sin poder tocarse. Sin embargo, un giro del destino les ofrece una salida... a cambio de un gran sacrificio: Ever debe escoger entre liberar Damen o buscar el Árbol de la Vida, cuyo fruto podría salvar al resto de inmortales.

¿Será capaz Ever de sacrificar el destino de cientos de almas por egoísmo? ¿Se arriesgará a perder su amor por un fin superior?

Para mis lectores:

Gracias por compartir conmigo el viaje de Ever y Damen. Mi gratitud por vuestro entusiasmo, generosidad, amabilidad y apoyo no conoce límites. Sois geniales y alucinantes. ¡No podría haberlo hecho sin vosotros

Sabed, por tanto, que del silencio más inmenso regresaré... No olvidéis que volveré junto a vosotros... Apenas un instante, un momento de reposo en el viento, y otra mujer me concebirá.

KHALIL GIBRAN

Capítulo uno

— ¡E ver, espera!
 — ¡E Damen alarga el brazo hacia mí y me agarra del hombro con la esperanza de frenarme, de que vuelva con él, pero sigo avanzando. No puedo permitirme perder tiempo cuando estamos tan cerca, cuando ya casi hemos llegado.

Chorrea inquietud como un parabrisas chorrea lluvia, y esa inquietud no disminuye en absoluto cuando se pone a mi altura, alcanza mi ritmo y enlaza sus dedos con los míos.

—Deberíamos regresar. Este no puede ser el sitio. No se parece ni de lejos.

Su mirada recorre la distancia que hay desde el perturbador paisaje hasta mi rostro.

—Tienes razón —reconozco—. No es igual, ni de lejos.

Titubeo en el perímetro, respirando deprisa y con el corazón acelerado. Me tomo un instante para mirar a mi alrededor antes de aventurarme a dar otro paso. Un pequeño avance seguido de otro, hasta que mis pies se hunden tanto en la tierra enfangada que desaparecen por completo.

—Lo sabía —susurro de forma apenas audible, aunque no necesito hablar para que Damen me oiga; nos resulta muy fácil comunicarnos mediante telepatía—. Es igual que el sueño. Es...

Me mira sin decir nada.

—Bueno, es lo que me esperaba. —Echo un vistazo hacia un lado. Mis ojos azules se encuentran con sus ojos oscuros y le sostienen la mirada. Quiero que vea lo que veo

yo—. Todo esto, todo lo que ves aquí, es como... es como si todo hubiese cambiado por mí.

Damen se arrodilla a mi lado, extiende los dedos sobre mi espalda y sube y baja la palma de su mano por mi columna vertebral dibujando círculos lentos. Aunque le gustaría tranquilizarme y refutar todo lo que acabo de decir, opta por tragarse sus palabras. Diga lo que diga, por muy convincentes y sólidos que puedan ser sus argumentos, sabe que no servirán de nada. Sabe de sobra que no voy a cambiar de opinión.

Oí a la anciana. Damen la oyó. Vimos cómo señalaba, y también su mirada acusadora; escuchamos la hechizante cadencia de su canción espeluznante, con su letra críptica y su persistente melodía.

La advertencia que me hizo solo a mí.

Y ahora esto.

Suspiro y miro fijamente la tumba de Haven, por llamarla de algún modo. El punto en el que hace solo unas semanas cavé hondo para enterrar sus pertenencias, todo lo que quedaba de ella; la ropa que llevaba cuando envié su alma a Shadowland. Un punto que juzgué elegido y sagrado, y que ahora encuentro transmutado, transformado. La tierra que fue fértil se ha convertido en una masa húmeda, empapada, sin señal alguna de las flores que manifesté, sin vida de ninguna clase. El aire ya no brilla, no reluce; es imposible distinguir esta zona del lado oscuro de Summerland con el que me topé. Resulta tan desolada, tan ominosa, tanto en su aspecto como en la sensación que produce, que Damen y yo somos las únicas criaturas dispuestas a aventurarnos en sus proximidades.

Las aves permanecen en el perímetro, esa alfombra de hierba que se encoge sobre sí misma y que así me demuestra con más claridad que nunca que ha cambiado por mí.

Como si fuese fertilizante arrojado sobre una zona de malas hierbas, cada una de las almas inmortales que he enviado a Shadowland ha contaminado e infectado Summer-

land, creando su opuesto, su sombra, un yin indeseado para su yang. Un lugar tan oscuro, tan sombrío y tan hostil que ni la magia ni la manifestación pueden existir en él.

—Esto no me gusta —dice Damen con voz tensa y mirada inquieta, ansioso por marcharse.

Y aunque a mí tampoco me gusta, aunque tengo las mismas ganas que él de dar media vuelta y no mirar atrás, no es tan sencillo.

Han transcurrido pocos días desde mi última visita y, a pesar de saber que hice lo que debía, a pesar de saber que no tuve más remedio que matar a Haven, mi antigua mejor amiga, me veo forzada a regresar, a pedir perdón por mis acciones y también por las de ella. Y ese breve período de tiempo ha bastado para que este lugar pase de la luz a la oscuridad, para que se cubra de tinieblas y barro, para que desaparezca la vegetación. Y es a mí a quien corresponde impedir que el mal siga extendiéndose.

Impedir que empeore.

—¿Qué es lo que viste exactamente en ese sueño? —me pregunta Damen con voz más suave, mientras sus ojos me observan con detenimiento.

Inspiro con fuerza y hundo los talones en el suelo. Los bolsillos de mis viejos vaqueros desgastados se manchan de barro, pero en realidad no me importa. Puedo manifestar otro par nuevo y limpio tan pronto como salgamos de aquí. Dada la situación, mi ropa es la menor de mis preocupaciones.

—No es un sueño nuevo. —Me vuelvo y, al mirarle a los ojos, veo el destello de sorpresa que le cruza el rostro—. Lo tuve otra vez, hace mucho tiempo. Justo antes de que decidieses dejarme sola para que pudiese elegir entre Jude y tú. —Traga saliva y da un leve respingo ante el desagradable recuerdo. Eso hace que me sienta mal; no era lo que yo intentaba decir—. Entonces creí que Riley me lo había enviado. Al fin y al cabo, ella salía en el sueño, y parecía muy vibrante y... viva. —Sacudo la cabeza—. Bueno, tal vez fue-

se ella o tal vez fuesen solo imaginaciones mías, de tanto como la echaba de menos. Sin embargo, cuando ella llamó mi atención, comprendí que quería que te viese a ti. Lo importante del sueño eras tú.

—Y... —apunta con los ojos muy abiertos y la mandíbula rígida, preparado para lo peor.

—Y... era como si estuvieras atrapado en una prisión de cristal alta y rectangular, y luchases con todas tus fuerzas por escapar. Pero por más que te esforzabas no podías liberarte. Aunque yo intentaba ayudarte y de llamar tu atención para que pudiésemos colaborar, era como... como si no me vieses. Yo estaba ahí, al otro lado del cristal, pero daba la impresión de que te era invisible. No percibías mi presencia. No veías lo que estaba justo ahí, delante de ti...

Su gesto de asentimiento me dice que su lado lógico, ese que aprecia las explicaciones metódicas y las soluciones sencillas, está deseando tomar el relevo.

—Una situación clásica en los sueños —dice, relajando la frente en un gesto de alivio—. En serio. Me da la impresión de que crees que no te presto suficiente atención, o que no te escucho de verdad, o quizá incluso...

Pero antes de que pueda seguir le corto en seco:

—Créeme, no era la clase de sueño que sale en cualquier libro sobre interpretación de los sueños. En el sueño de esta noche, y también en el que tuve hace tiempo, cuando te dabas cuenta de que no podías resistirte, cuando te dabas cuenta de que estabas atrapado para siempre... bueno, te rendías. Dejabas caer los puños, cerrabas los ojos y te desvanecías. Te adentrabas en Shadowland.

Traga saliva con fuerza e intenta tomárselo bien, pero no lo consigue. Está claro que se siente tan afectado como yo me sentí al soñarlo.

—Y luego, justo después de eso, todo desapareció. Y al decir «todo» me refiero a ti, a la prisión de cristal, al estrado... a todo. Lo único que quedaba era un terreno oscuro y empapado, muy parecido a este en el que nos hallamos. —

Aprieto los labios y veo la escena en mi mente con tanta claridad que es como si me encontrase sumergida en ella —. Pero esa última parte era nueva. Me refiero a que no aparecía en el sueño original. Aun así, en cuanto me desperté supe que los dos sueños no solo estaban relacionados entre sí, sino que además se relacionaban con este sitio. Supe que tenía que venir aquí, que debía verlo por mí misma y comprobar si estaba en lo cierto. Siento haberte arrastrado a ti.

Contemplo su pelo despeinado, la camiseta suave y arrugada y los vaqueros desgastados, prendas reunidas a toda prisa, segundos antes de que yo manifestase el velo de luz dorada que nos ha traído hasta aquí. Noto que me rodean sus brazos fuertes y capaces. Su calor me recuerda el momento, hace solo unas horas, en que nos deslizamos entre las sábanas, encajamos nuestros cuerpos y nos dispusimos a pasar la noche.

Entonces, nuestra única preocupación inmediata era cómo llevaría Sabine la segunda semana consecutiva sin verme aparecer por su casa.

Cómo llevaría que me hubiese tomado sus palabras al pie de la letra cuando me advirtió que no volviese hasta que fuera capaz de aceptar la clase de ayuda que según ella necesito.

Y aunque sé sin ninguna duda que necesito ayuda, sobre todo en vista de la situación a la que me enfrento, no es la ayuda de la que hablaba Sabine. Por desgracia, no es la ayuda que puede encontrarse en una receta, en el diván de un psiquiatra o en el último libro de autoayuda.

Necesito algo mucho mayor.

Ambos nos entretenemos mirando la tumba de Haven. Los pensamientos de Damen se mezclan con los míos, recordándome que, sean cuales sean las consecuencias, sea cual sea nuestro futuro, él va a apoyarme. No tuve más remedio que hacer lo que hice.

Al matar a Haven, salvé a Miles. Me salvé a mí misma. Ella era incapaz de manejar sus poderes y actuaba sin ninguna prudencia. Al convertirla en inmortal saqué a la luz todo un nuevo aspecto de ella, uno que no me esperaba.

Pero es ahí donde Damen y yo discrepamos. Yo tiendo más a creer lo que dijo Miles poco después de que le librase de Haven. Que no había nada nuevo o sorprendente en el lado oscuro de ella, que siempre había estado ahí, que mi antigua amiga dio muestras de poseerlo desde el principio. Sin embargo, como amigos suyos, nos esforzamos por ignorarlo y optamos por pasarlo por alto, por ver solo la luz. Cuando la miré a los ojos aquella noche y vi cómo brillaban de triunfo mientras arrojaba a las llamas la camisa de Roman —la última esperanza que me quedaba de conseguir el antídoto que nos habría permitido a Damen y a mí estar juntos—, en fin, no me cupo ninguna duda de que su lado oscuro había destruido la mejor parte de ella.

En cuanto a la muerte de Drina, bueno, se trataba de matar o morir. Así de sencillo. Quien tuvo mala suerte fue Roman, porque lo que le ocurrió no deja de ser un desafortunado accidente. Un trágico malentendido, ahora estoy segura. En el fondo, sé que Jude llevó a cabo su desastrosa intromisión creyendo que me beneficiaba. Sus intenciones fueron buenas.

Lo vi desarrollado en su mente.

Nos ponemos en pie despacio, con gestos solemnes, conscientes de que no encontraremos aquí las respuestas que buscamos, de que lo mejor que podemos hacer es empezar por los Grandes Templos del Conocimiento y seguir desde allí. Y nos disponemos a partir cuando oímos la melodía que nos deja paralizados:

*Se alzaré desde el barro,
y se elevará hacia los vastos cielos de ensueño.
Y tú-tú-tú te alzarás también...*

Damen agarra mi mano con más fuerza, me atrae hacia sí y nos volvemos juntos hacia ella. Contemplamos los largos mechones de cabello que se han escapado de la trenza que baja por su espalda y flotan sueltos en torno a su cara arrugada y vetusta, creando un sobrecogedor efecto de halo plateado. Los ojos de la anciana, legañosos y turbios, se clavan en los míos.

*Desde el abismo y las oscuras profundidades,
lucha por avanzar hacia la luz.*

Solo desea una cosa.

¡La verdad!

La verdad de su ser.

Pero ¿se lo permitirás?

¿Permitirás que se alce, florezca y crezca?

¿O lo condenarás a las profundidades?

¿Desterrarás su alma agusanada y exhausta?

Repite la melodía, destacando el final de cada verso. Su voz se eleva al cantar: «Barro – ensueño – también – profundidades – luz – cosa – verdad – ser – permitirás – crezca – profundidades – exhausta – exhausta – exhausta», repitiendo la última parte una y otra vez. Sus ojos me recorren, observando y analizando aunque parezcan ciegos. Alza ante sí sus viejas manos nudosas, sarmentosas; los dedos se abren despacio y las palmas arrojan ceniza.

Damen me aprieta la mano y le dirige una mirada furiosa, dura y cargada de significado, al tiempo que le advierte:

—No te acerques. —Se pone delante de mí y añade—: Quédate ahí.

Su voz es serena y segura, y contiene una amenaza apenas velada, imposible de ignorar.

Pero si la anciana le ha oído, no le presta atención. Sus pies siguen moviéndose, avanzando a rastras; sus ojos siguen mirándome y sus labios continúan pronunciando la le-

tra de la canción. Se detiene a escasa distancia de nosotros, en el borde mismo del perímetro, el punto en el que termina la hierba y empieza el barro. Baja el tono de voz cuando dice:

—Te estábamos esperando.

Se inclina ante mí, doblando la espalda con una agilidad y una gracia sorprendentes para alguien tan anciano, tan... decrepito.

—Ya me lo has dicho —respondo, para consternación de Damen.

«¡No le contestes! —me advierte él mentalmente—. Límitate a seguirme. Saldremos de aquí.»

Unas palabras que la anciana oye sin duda, pues su mirada se clava en Damen. El azul desteñido de sus viejos iris casi desaparece cuando pone los ojos en blanco y dice:

—Damen.

Al oír pronunciar su propio nombre, Damen se pone rígido y se prepara mental y físicamente para cualquier cosa menos lo que viene a continuación.

—Damen. Augustus. Notte. Esposito. Tú eres la razón. —Los mechones de su cabello se alzan y giran en una brisa manifestada que sopla por todas partes—. Y Adelina, la cura. —Une las palmas de las manos y me suplica con la mirada.

Les miro sin saber qué me resulta más perturbador: el hecho de que la vieja sepa su nombre completo, incluyendo un término que nunca había oído y otro pronunciado de una manera nueva para mí, o ver que Damen palidece y se queda paralizado tan pronto como ella le acusa.

Por no hablar de quién demonios es «Adelina».

Sin embargo, las respuestas que se arremolinan en la mente de Damen mueren mucho antes de poder alcanzar sus labios, detenidas por el tono de la voz de ella, que dice:

—Ocho. Ocho. Uno. Tres. Cero. Ocho. Es la clave. La clave que necesitas.

Los miro a los dos y observo que Damen entorna los ojos y aprieta los dientes. Murmura una serie de palabras en voz tan baja que no logro entender lo que dice. Agarra mi mano con más fuerza para ayudarme a salir del barro y alejarnos de ella.

Damen me ha advertido que no mire atrás, pero no le hago caso. Echo un vistazo por encima del hombro y clavo la mirada en esos viejos ojos legañosos, esa piel tan frágil, tan translúcida que parece iluminada desde el interior, esos labios que ceden suavemente mientras canta: «Ocho – ocho – uno – tres – cero – ocho».

—Ese es el principio —dice—. El principio del final. Solo tú puedes desvelarlo. Solo tú, tú, tú, Adelina...

Las palabras flotan en el aire y nos acompañan burlonas, persiguiéndonos hasta que salimos de Summerland.

Hasta que volvemos al plano terrestre.

Capítulo dos

— **N**o podemos pasarlo por alto.
Me vuelvo y lo miro, y sé con certeza que él no opinará lo mismo.

—Claro que podemos. De hecho, yo ya lo hago.

Sus palabras suenan mucho más ásperas de lo que pretendía y no tarda en pedirme disculpas con un tulipán rojo, de tallo verde y curvado, que florece en su mano. Me lo ofrece y lo cojo enseguida. Me lo acerco a la nariz y dejo que sus suaves pétalos me rocen los labios mientras inhalo el aroma casi imperceptible que él ha puesto ahí para mí. Le observo caminar por el amplio espacio que hay entre la cama y la ventana. Sus pies descalzos atraviesan el pavimento de piedra, llegan hasta la mullida alfombra y vuelta a empezar. Soy consciente del conflicto que se desarrolla en su mente y sé que tengo que exponer mis argumentos deprisa, antes de que él tenga oportunidad de construir los suyos.

—No puedes darle la espalda a algo solo porque sea raro, extraño o, como en este caso, sumamente desagradable. Créeme, Damen, esa vieja me pone los pelos de punta tanto como a ti. Sin embargo, me niego a pensar que nos ha encontrado una y otra vez por casualidad. No existen las coincidencias, y tú lo sabes. Hace semanas que intenta decirme algo. Entre la canción, esa manía de señalarme y lo demás... —Mi cuerpo se estremece de forma involuntaria, por lo que me hundo en la cama y me froto los brazos para disimular—. En todo caso, está claro que intenta decirnos algo, darnos alguna pista. Y, bueno, creo que al menos de-

beríamos intentar averiguar lo que puede ser. ¿Tú no? — Hago una pausa, dándole la oportunidad de responder. Pero se limita a mirar por la ventana dándome la espalda. Sus hombros rígidos, la firme inclinación de su cabeza y el silencio largo y persistente me obligan a añadir—: ¿Qué mal podría hacernos tratar de averiguarlo? Si resulta que es una vieja loca y senil como tú crees, pues vale. Da igual. No ha pasado nada. En serio, ¿qué tendría de malo perder unos días si tenemos toda la eternidad por delante? Pero por otra parte, si resulta que la vieja no está loca, bueno...

Damen se vuelve a mirarme antes de que termine de hablar. Tiene una expresión tan tensa y malhumorada en el rostro que doy un respingo.

—¿Qué daño podría hacernos? —Frunce los labios y clava sus ojos en los míos—. Después de todo lo que hemos pasado, ¿cómo se te ocurre hacerme esa pregunta?

Le doy una patada a la alfombra. Hablo mucho más en serio de lo que él cree, mucho más de lo que estoy dispuesta a reconocer. En mi fuero interno, sé de forma instintiva que la escena que acabamos de presenciar tenía mucho más sentido de lo que él quiere admitir. El universo no es tan azaroso como parece. Hay una razón para cada cosa, y sé en lo más profundo de mi corazón y de mi alma que esa anciana ciega y aparentemente loca me ofrece una pista acerca de algo que necesito saber.

Aunque no tengo ni idea de cómo convencer a Damen.

—¿De verdad quieres que nos pasemos las vacaciones de invierno intentando descifrar el acertijo de una vieja chalada, tratando de encontrarle un sentido más profundo que, en mi humilde opinión, no existe?

«Es mejor que la alternativa», pienso, aunque no digo nada. Recuerdo la cara que puso Sabine la noche en que regresé a casa de madrugada, justo después de enviar a mi antigua mejor amiga a Shadowland y del funeral improvisado que siguió en Summerland. Su mirada, la bata ceñida a la cintura, los labios pálidos y fruncidos. Pero los ojos eran